



**El cocinero,
el ladrón,
su mujer
y su amante**
(The cook, the
thief, his wife
and her lover)
Dir: Peter
Greenaway
Int: Richard
Bohringer,
Michael
Gambon,
Helen Mirren,
Tim Roth.
G.B.-FR.-HOL.,
1989

EL SIDA Y LA BIBLIOTECA

Malentendidos y falsos supuestos

■ JOSE ANTONIO FRIAS *

Desde la publicación, por parte de esta revista, de un monográfico titulado "El Sida y la biblioteca: una propuesta de acción" en junio del pasado año, se han ido sucediendo algunas (escasas) iniciativas puestas en marcha por determinadas bibliotecas públicas españolas. Los motivos de que muchos bibliotecarios, en ocasiones, no hayan puesto en marcha una política más decidida de incorporación de materiales informativos sobre la prevención del Sida a sus colecciones bibliográficas se basan, en nuestra opinión, en falsas percepciones, malentendidos, informaciones obsoletas o suposiciones no comprobadas sobre quiénes demandan este tipo de información o sobre qué información se espera que proporcionen las bibliotecas. Convencidos de que el fracaso de

las bibliotecas en la provisión de información adecuada sobre el Sida no puede asentarse en razones éticas, técnicas o financieras, nos parece conveniente cuestionar algunos de los argumentos que suelen utilizarse para justificar la inexistencia de estos materiales en la colección de la biblioteca.

El Sida no tiene por qué estar más representado en el fondo bibliográfico de mi biblioteca que otras enfermedades contagiosas.

Independientemente de la conveniencia de que la información sobre otras enfermedades contagiosas esté presente en la colección de la biblioteca, la pandemia del Sida presenta, desgraciadamente, una serie de nuevas y trágicas características que la distinguen de otras enfermedades contagiosas. De ahí que las campañas educativas cons-

tituyan actualmente el único medio de lucha contra su extensión y la marginación de las personas afectadas ya que, si bien el Sida aún no se puede curar, afortunadamente puede prevenirse. Aunque el Sida esté causado por un virus, la clave para contener su difusión no está en la medicina, sino en la prevención que pasa, en primer lugar y necesariamente, por una buena información.

En mi biblioteca no existe demanda de este tipo de información.

Las solicitudes expresadas verbalmente por los usuarios de la biblioteca no pueden ser interpretadas como un barómetro de sus necesidades informativas. Si tenemos en cuenta el estigma negativo que continúa estando asociado al Sida podemos presumir que muchos usuarios, especialmente los jóvenes que sienten la necesidad de información de forma muy profunda y personal, no solicitarán ayuda para encontrar estos materiales. Puede que algunos usuarios se acerquen al mostrador de referencia con sus preguntas, pero la inmensa mayoría no lo hará, como de hecho la mayoría de los usuarios de bibliotecas que buscan material sobre cualquier otro tema tampoco lo hace.

Aparte de la labor preventiva, las bibliotecas deberían pensar también que, tratándose de una enfermedad crónica que afecta a un número de personas que se incrementa constantemente, las demandas informativas también se van a ir incrementando en el futuro.

ro. Independientemente de que personas afectadas por el VIH puedan o no utilizar la biblioteca, cada uno de estos hipotéticos usuarios tiene una familia, un círculo de amigos y de conocidos y también estas personas pueden visitar la biblioteca buscando información sobre la enfermedad. Existen también profesionales -médicos, trabajadores sociales, terapeutas, abogados, etc.- que en algún momento pueden visitar una biblioteca en busca de información sobre esta materia. Y existen además otras personas que se podrían beneficiar de la información sobre la pandemia: los ingenuos, los curiosos, los comprensivos, los mirones e, incluso, los "sidafóbicos".

Existen otros organismos donde puede dirigirse cualquier persona interesada en obtener este tipo de información (centros de salud, organizaciones anti-Sida, etc.).

Ciertamente, existen otros servicios que pueden ofrecer información sobre el Sida y su prevención. Sin embargo, la información difundida por las bibliotecas, al tratarse de organismos apolíticos, goza de mayor credibilidad que la difundida por estas organizaciones. Además, la biblioteca, al poseer materiales de contenidos diversos, impide la especulación sobre la materia objeto de interés de determinado usuario. Este anonimato garantizado por las bibliotecas, muy importante en zonas rurales o pequeños núcleos de población, es muy atractivo si tenemos en cuenta el estigma negativo que acompaña al Sida.

Los materiales informativos sobre el Sida son demasiado técnicos y no me siento capacitado/a para pedir este material.

Probablemente sean pocos los bibliotecarios que piensen que es preciso ser un científico para seleccionar material científico o un niño para tomar decisiones sensatas sobre qué material infantil debería comprarse para las bibliotecas. Los conocimientos previos de la persona que se encarga de la selección de este material afectará seguramente a la meticulosidad o al entusiasmo con que realice su tarea pero, por supuesto, no es necesario ser seropositivo, sanitario o activista

anti-Sida para garantizar una mejora sistemática de la colección que tenga en cuenta a los usuarios. Es injustificable, por tanto, el descuido de este material porque no existan disponibles personas con estas características a quienes asignar esta responsabilidad, o porque nadie se ofrezca voluntariamente a hacerse cargo de las responsabilidades de selección en esta materia.

Me siento incómodo/a con el contenido de algunos de estos materiales. Yo no apruebo la utilización de preservativos.

La admisión de determinadas categorías de publicaciones en las bibliotecas, sobre todo en las públicas, es una cuestión ética que, en nuestra opinión, no se limita únicamente a la selección o no de materiales que promuevan el uso de preservativos: ¿debe permitir un bibliotecario que sus opiniones personales sobre ciertos temas o grupos de usuarios limite la variedad de materiales que los usuarios pueden encontrar en una biblioteca?

Los bibliotecarios deben abstenerse de emitir juicios *morales* sobre los documentos al evaluar otros de sus aspectos (nivel de dificultad técnica, actualidad, precio, etc.). Idealmente, la persona que selecciona el material en la biblioteca pide ejemplares útiles, entretenidos o en algún sentido interesantes para, al menos, parte de los usuarios de la biblioteca, sin tener en cuenta sus sentimientos u opiniones personales sobre estos temas o sobre sus usuarios. La utilización de criterios diferentes para evaluar ejemplares informativos sobre el Sida es, cuando menos, un procedimiento inconsecuente con las obligaciones de cualquier bibliotecario profesional.

La decisión de no incluir determinados materiales en la colección de la biblioteca puede tomarse en ocasiones como consecuencia de la presión de algunos usuarios o grupos sociales de la localidad, opuestos a la utilización de preservativos. Sin embargo, lo que se olvida con demasiada frecuencia cuando un bibliotecario decide no pedir (o simplemente no se ocupa de pedir) ejemplares informativos sobre la práctica del sexo seguro con la esperanza de evitar una posible confrontación con un usuario ofendido, es el hecho de que *la ausencia de*

estos materiales en una biblioteca es ofensiva para los usuarios que quieren tener acceso a este tipo de información. La disyuntiva a la que se enfrenta la persona responsable de la selección de los materiales en una biblioteca no es si puede evitar ofender a los usuarios sino a qué usuarios corre el riesgo de ofender. En este sentido, los bibliotecarios deberíamos reflexionar sobre el motivo de que la mayoría de nosotros nos sintamos más cómodos cuando se trata de quejas u observaciones sobre lo que no está en nuestras bibliotecas que cuando se trata de quejas sobre algún título que está. Y no deberíamos olvidar que, si cualquier forma de censura es siempre perjudicial para alguien, en el caso del Sida la censura puede provocar la muerte.

Mi biblioteca no se puede permitir la compra de este tipo de material.

Probablemente la justificación más utilizada para no comprar habitualmente materiales informativos sobre el Sida es el escaso presupuesto de la mayoría de las bibliotecas (especialmente las públicas) para adquirir material nuevo o retrospectivo de cualquier tipo. Pero incluso un presupuesto muy limitado no significa necesariamente que no nos podamos permitir la selección de algún material informativo, sino que debemos asegurarnos de que elegimos lo más útil de lo que está disponible.

En el caso del Sida, además, existen grandes posibilidades de obtener gran parte de los materiales de forma gratuita o con un coste muy bajo para la biblioteca. Tanto los servicios de salud de las diferentes comunidades autónomas como los comités ciudadanos anti-Sida, grupos de autoapoyo, etcétera, han elaborado una serie de materiales informativos (posters, bibliografías, folletos educativos) que, en su mayor parte, están a disposición de cualquier biblioteca que los solicite. Únicamente depende de la voluntad del responsable de la biblioteca el que ésta se convierta en ese enlace vital, tan necesario, entre los usuarios y la información sobre el Sida.

* José Antonio Frías, es profesor de la Facultad de Traducción y Documentación de la Universidad de Salamanca.